

*Pedroso y Montalvo* RECUERDOS

Cuando Abuelita Chea murió yo no había cumplido aún 9 años.

Ella era sumamente caritativa, algunas veces la acompañé cuando iba en su coche a visitar a Felina y Chata, dos de sus protegidas, flaquísimas, pálidas; vivían en una casita limpia en un barrio que a mí me parecía lejos de Amargura, detrás de la calle Jesús María.

Otra de sus grandes limosnas fué la casa cerca de la iglesia del Angel que compró y amuebló para Sara X de Crespo. Al marido lo cogieron preso, y ella vino de Remedios donde él había estado empleado en un Banco; tenía varios hijos: Pablito, Mercedes, Ricardo y me parece había otro. Sara era una americana que había sido varios años criada y manejadora de Ramón y Pablo. Por supuesto que no se limitó sólo a este comienzo, su ayuda. - Todas las mañanas, mientras tuvo salud, iba a Misa a la iglesia de los Carmelitas; su criada llevaba una sillita de ébano con incrustaciones de nácar; le gustaba que la acompañara Margarita que era su delirio; pero como le faltaba durante los meses de la zafra, cogía alguna otra nieta; yo fui pocas veces, era demasiado inquieta; hacía visita que me parecían interminable en la sala de los Padres y me entretenía leyendo las piadosas sentencias que en letras grandes adornaban las paredes como ésta: "Hermano, una de dos - O no hablar, o hablar de Dios - Quen en la casa de Teresa - Esta ciencia se profesa."

Para la fiesta de Ntra. Señora del Carmen, 16 de Julio, mandaba todo un banquete a la hora del almuerzo servido en la vajilla de Don Joaquín. - Ella pertenecía a la 3a Orden de los Carmelitas.

*Pedroso y Ibezvarría*  
De la herencia hablaré luego. Me contó Mamá que entre otras bellezas ella había escogido 6 grandes bandejas de plata que tenían las iniciales J.P.E. Se necesitaron para una fiesta y con gran asombro no encontraron más que cuatro; muy alarmadas fueron a comunicarlo a Abuelita quien contestó muy tranquila que ella había vendido dos, porque no hacían falta, con 4 había suficiente; el comprador hizo el gran negocio ya que las pagó solo por su peso, sin tener en cuenta la antigüedad, mérito artístico, etc.

*Montalvo y Nuñez del Castillo*  
No estoy segura si fué Doña Micala, o alguien anterior a ella quien dejó un buen legado a la iglesia de la Merced, que debía ser administrado por la mayor de sus descendientes. Tenía por objeto sufragar los gastos de velas, adornos, del altar del Santísimo, la semana que el Circular estaba en ese templo, en aquel entonces el más hermoso y concurrido de la Habana. Todavía no estilaban, no sólo en Cuba, sino en ningún país, la decoración con flores naturales, y la industria de las artificiales estaba en su apogeo. Nada menos que de París le llegaban directamente a Abuelita los avíos para confeccionar unos ramos enormes de flores fantásticas, sin semejantes en ningún lugar del planeta. Tenía todo un gran armario con un verdadero arsenal de instrumentos, hieiros, tenazas, etc. Varias amigas respetables, expertas en el arte venían a ayudarla.

Después de su muerte, Mamá como la mayor de las hijas quiso hacerse cargo de tan piadosa obra, pero María Pedroso de Morales, su tía abuela, declaró que a ella le correspondía; por tanto no volví a ver nunca más esas maravillosas creaciones floridas.

En un sorteo de lotería salió premiado con diez mil pesos el billete que ella había comprado. No me queda duda que esto se debió a sus oraciones, ya que inmediatamente donó el producto íntegro a los P.C. para costear el piso de mármol que estaban instalando en la iglesia de San Felipe en Aguiar, a 2 cuadras de nuestra casa. Claro que esa cantidad no era suficiente, y poco a poco ella siguió suministrando pequeñas sumas hasta completar. Abuelito mismo me contó que él entonces la llamó: "Mira Chea, éste es el último billete de lotería que compras en tu vida, porque a este paso, nos arruinamos." Ella muy sumisa pero con sonrisa algo maliciosa contestó "Muy bien Antonio". Pero a pesar de la advertencia se echaba de ver por el tono de la voz, cuanto admiraba él esta generosidad y desprendimiento.

Su matrimonio había sido un romance. D. Joaquín se oponía a que esta hija que ostentaba dos de los apellidos más antiguos de la Habana se casara con un joven abogado que aunque no desprovisto de fortuna, estaba ejerciendo su profesión ... cosa indigna de un caballero; éstos debían vivir de sus rentas, y dejar a otros administrar sus propiedades. En cambio el viejo veía con buenos ojos otro pretendiente de apellido Forcade. El amor triunfó sobre la ira paterna. Esta llegó a prohibirle la entrada en el hogar donde había transcurrido placida su vida rodeada de lujo y comodidades. Protegida por Da. Micaela fue depositada en casa de una tía para la sencilla boda; como en los cuentos de hadas, fueron muy felices, eran dignos el uno de la otra.

El Cerro era un barrio aristocrático, y en la Calzada esq. a Buenos Aires estaba situado el colegio del S. Corazón. Allá iban cada domingo a visitar a sus tres hijas; Julia fue la única que se graduó, Ma. Antonia estuvo algunos años, a Felicia le costaba mucho el internado y cuando murió Rosa la menor, se puso tan triste que hubo que retirarla. Abuelita fue una de las primeras señoras en desempeñar el honroso cargo de presidenta de la congregación de Hijas de María, a la que luego han pertenecido tantas de sus descendientas. En los últimos tiempos de su vida cuando ya sufría de albuminuria empezó a vestirse con gran sencillez y sería entonces cuando hizo el voto o promesa de pobreza. Así es la imagen que de ella conservo, con un traje negro, el pelo cortado en una melenita. La dieta especial prescrita por su enfermedad le impedía subir al comedor; una mañana mientras almorzaban, mandó buscar un barbero vecino y al bajar Abuelito y los hijos se encontraron esa sorpresa, y ella muy divertida con las quejas y protestas que ya eran inútiles.

A cada uno de los hijos e hijos políticos regalaban el día del santo un paquete o sea 20 monedas de oro llamadas centenes y que valían 530; a cada nieto 4 centenes. Esto duró hasta que por la guerra de 1895 cesaron de moler los ingenios. También entonces se suprimieron poco a poco los coches; las caballerizas quedaron desiertas y se despidió a los cocheros (Gabriel y Domingo).

Cuando Abuelita murió, Ma. Antonia tuvo la idea de que no se repartieran sus bienes entre los 8 hijos, sino que Abuelito fuera el único heredero; con aprobación de los hermanos, ella fue la encargada de participárselo, y él agradeció este testimonio filial.

Una vez a la semana me tocaba salir con Abuelito en su paseo vespertino; hacíamos varias rápidas visitas, siempre recibido con verdadero aprecio, tan correcto, oportuno; protestaban cuando nos despedíamos, pero

él decía era preferible pecar por corto que fastidiar por prolijo. En una ocasión yendo por las estrechas calles de la Habana vieja, venía una negra por la acera en dirección contraria. Al vernos se apretujó contra la pared para dejarme pasar. Cual fue mi asombro al darme cuenta que Abuelito se había bajado a la calle para darle paso como lo hubiera hecho por la mas encompetada princesa. Estupefacta le dije: Pero Abuelito por Dios, por que has hecho eso? Nunca olvidaré la impresión que me hizo la mirada y la solemnidad con que pronunció estas palabras: "Es una mujer". Me revelaron la profunda caballerosidad de su alma. Cuando llegabamos al Prado o al Malecón era mas fácil la conversación y empezaba a recordar episodios y anécdotas variadísimas.

Uno de sus clientes de apellido Cantilo, en el testamento dividía sus bienes en dos partes iguales; una a su ahijada, Srta. Matilde Moreyra y Pérez, la otra, en testimonio de gratitud y admiración a su amigo, Antonio Gonzalez de Mendoza. Despues de la lectura del testamento que la familia aprobó plenamente pues ya conocían la amistad de Cantilo con Abuelito, este anuncio tenía que leer otro escrito hecho ante notario y en el cual apreciando el gesto de su difunto amigo, renunciaba totalmente a la herencia en favor de la Srta. Moreyra. Fueron inútiles las protestas de la familia, hasta que él dijo, no recuerdo las palabras exactas, q. considerabacomo nada perder unos miles de pesos, comparado con lo que sufriría su reputación de honradez si él aceptaba el legado. Esto me lo refirió la misma Rda. Madre Moreyra, y me lo ratificó Ma. Teresa su hermana.

Entre los cuentos que me hacía -

Un pariente de Abuelita Mateo Pedroso, era algo corto de alcances; cuando una hermosa fuente de marmol que representaba al dios Neptuno con un tridente, preguntó que para que habían puesto allí a Adán con su tenedor.

Las autoridades habaneras se preparaban a recibir con los debidos honores a los príncipes jóvenes franceses hijos de Louis Philippe d'Orleans; Mateo insistió que a él le correspondía dirigirles el discurso de bienvenida, pero Mateo, le argüían, si tu no sabes francés! "Como que no; escuchen; Je suis Mathee Pedrose, regidore, decane de l'Habane."

En un juicio el fiscal ininterrogaba a un negrito testigo: "Vió Vd. alguna bujía en la alcoba? - "No señó, no vi ninguna escoba en el bojío."

Contado por él -

Cuando regresaron del exilio, la actitud de D. Joaquín había cambiado y con gusto recibía no solo a Chea y a los nietos, sino al yerno cuyo mérito ya conocía. Sostenían grandes polémicas sobre la cuestión candente de la esclavitud, que Abuelito declaraba ser contra la ley cristiana y los derechos de la humanidad. "Todo eso está bien", decía el viejo, "porque Vds. no poseen esclavos, pero yo quisiera ver cuando Chea me herede; Vds. cambiarán de opinión y verán que la esclavitud es algo muy util." "No", protestaba Abuelito, "los dos pensamos igual y daremos la libertad a todos". Efectivamente, en la notaría de Lancis se hizo la escritura, cuya copia he leído, con la lista detallada de cerca de 200 negros del ingenio Sta. Gertrudis. Miguel, el hijo mayor, fue el encargado de proclamarles la libertad, que la mayoría no entendió; se quedaron trabajando en el ingenio y ganando jornal

Este rasgo de generosidad representó la pérdida de un capital bastante fuerte. Además parte la servidumbre de Amargura, en la ciudad, cocineros, cocheros, pajes, caballerizeros; lavanderas, planchadoras, y el conjunto de hombres y mujeres empleados en el servicio personal de la familia y en la limpieza y arreglo de la casa. En la provincia de Oriente los caudillos revolucionarios, Céspedes, Aguilera, etc. habían libertado sus esclavos, pero en la Habana creo fue el primero, o de los primeros en dar este hermoso ejemplo varios años antes de que la ley se promulgara.

Un hermano de Abuelita Manuel Pedroso entró en la Compañía de Jesús, vivió y murió en Madrid donde fue muy querido. El era condeño del Sta. Gertrudis, ratificó la liberación de los esclavos; ha sido de los pocos Jesuitas que han dado todos sus bienes a la Compañía. Durante mi noviciado en Chamartín (1910 a 13), varias veces me visitó la Condesa de Vigo que había sido una de sus hijas de confesión. También las Mojarrieta y Batista primas de Papá me hablaron de él con gran aprecio, de sus virtudes e influencia.

Aunque Abuelito deseaba tan ardientemente como cualquier patriota que Cuba se viera libre del inepto dominio de España, no tomó parte activa en las luchas de la insurrección. Con su lucido concepto de nuestra idiosincracia, veía que los cubanos no estaban aun capacitados para el gobierno propio, y desgraciadamente nuestra historia ha demostrado lo acertado de su juicio. El era decidido anexionista, que dada nuestra situación geográfica le parecía lógica; además sentía gran admiración por la democracia de Estados Unidos, su sólido gobierno tan en contraste con las repúblicas latino-americanas. Para que nuestra generación comprenda esta actitud de abuelito debe tener en cuenta el momento histórico en que transcurrieron estos años de su vida influenciados por la grandeza de Lincoln y libres de los errores políticos de años mas recientes. No ocultaba estas opiniones que le valieron la orden de salir de Cuba; la familia completa se estableció primero en Alemania, donde Miguel y Mama aprendieron el idioma; luego se trasladaron a España haciendo parte del viaje en diligencia. Al pasar por Paris dejaron a Mama interna en el famoso colegio "Les Oiseaux" rival del Sacré Coeur, pero al declararse la guerra franco-prusiana en 1870 la mandaron a España.

(Esto me lo contó) - Muy temprano una mañana llegó al bufete un militar español que gozaba de no muy limpia fama en sus empresas comerciales. "Qué buscara aquí este tipo!- pensé al verlo entrar. Empezó lisonjeandome de lo lindo: mi honradez, talento, éxitos, etc., etc. Yo nada le contestaba; me propuso darme la participación en un negocio que él iba a emprender y que nos haría ricos en poco tiempo. Solamente había un punto algo escabroso, pero que él sabría muy bien sortear. Mi indignación iba subiendo de punto; de modo que él pretendía escudarse con mi intachable reputación... Me puse de pie y le dije 'Pues yo tengo un sistema infalible en mis negocios'. Los ojos le brillaban de gusto; iba a saber como Mendoza ocultaba sus líos. 'Cuando yo quiero que un negocio sucio no se descubra', le grité, 'no lo hago!' Dió media vuelta y salió disparado." Lo mejor es que esto me lo refirió en pleno Prado y tan a lo vivo con gestos y gritos, que varias personas me miraban compadecidas de que yo estuviera recibiendo semejante reprensión.

Las Hermanitas de los Ancianos Desamparados que en Cuballamamos Hns. de los Pobres, consideraban a mis dos abuelos como sus grandes protec-

tores. Fué él como albacea de una riquísima señora Benítez (no estoy segura del nombre, era hermana de Susana Benítez de Cárdenas), quien adquirió para ellas la Quinta Santovenia y las dirigía en sus asuntos, además de las limosnas. Los dos pabellones que durante la "danza de los millones" el tío Víctor donó a las Hnas., llevan sus dos nombres, conmemorando su caridad. También patrocinaban a la "Beneficencia" de la calle San Lazaro, con cuotas mensuales y creo formaban parte de la Junta de Patronos. Una huérfana llamada Tula era ahijada de ellos, los días de salida los pasaba en Amargura.

Al tener noticia de su fallecimiento, la prensa habanera se desbordó en artículos a cual mas elogioso y sentido; dos de los mejores los reprodujo Luis Mendoza en su monografía, pero ninguno hacía mención de un aspecto de Abuelito que sus nietos no deben ignorar. Hombre tan cumplidor de sus deberes, hacia su patria, su familia, la humanidad, sabía también cumplir el principal de sus deberes: para con Dios. Todos los domingos asistía a la Misa de 12 en la cercana iglesia de San Francisco; para el precepto Pascual iba a la Merced. El Padre Güell lo confesó también en su última enfermedad; Mons. Jones vino de nuestra parroquia del Cristo trayendo el Viático en uno de los carruajes de la casa con toda la solemnidad que entonces se estilaba; gran parte de la familia con velas encendidas asistimos con dolorosa emoción a la triste ceremonia.

Según el testamento de Abuelita se dió una limosna de \$500 para Misas en sufragio.

Durante la estancia de varios años en Madrid donde nacieron Ramón y Pablo, Abuelito trató a familias cubanas allí establecidas que al regresar el a Cuba lo nombraron su apoderado: la Marquesa de Villalba, que era Angela Cueto, un Sr. de Cárdenas, las Mojarrieta, etc., solo parte de la numerosa clientela que hacía de su bufete uno de los primeros y mas importantes de la Habana.

Estaba completamente desligado de la política, cuando el Capitán General acudió a él, pidiéndole ocupara el puesto de Alcalde de la ciudad para poner término a la enconada lucha entre dos partidos. Nada halagüeña era la proposición ya que la Alcaldía se hallaba en crítica situación, pero Abuelito consideró como un deber patriótico el asumir tan pesada carga unida a su trabajo profesiona. Sólo puso dos condiciones: la. que todos los concejales aprobara el nombramiento, y segundo que no aceptaría retribución alguna. Tanto tino y habilidad desplegó en su intrincada misión que al caba de un año de improba labor pudo renunciar dejando la Alcaldía en plena paz y prosperidad. Para premiar tanto desprendimiento la Regente María Cristina quiso darle el título de marqués que él no aceptó.

De nuevo fué el patriotismo y amor al deber el móvil que lo llevó a aceptar el honroso cargo de primer Presidente del Tribunal Supremo, al ser establecido éste en la Isla por el Gobierno Interventor americano. Creo este es el momento cumbre de su vida, el reconocimiento de sus excepcionales cualidades, de su eximio talento. Para dedicarse plenamente al desempeño de sus trascendentales funciones abandonó el bufete entregándolo a sus hijos Claudio y Ramón.

Una tarde en el paseo me dijo "Chea y yo hicimos por Miguel lo que pocos padres hubieran hecho. Cuando vimos el acierto con que llevaba

el ingenio a pesar de que no le gusta el campo, le prometimos además de su sueldo de administrador, la tercera parte de la ganancia en la venta del azúcar de cada zafra."

En distintas ocasiones me preguntaron amigas de toda confianza como habíamos podido vivir largos años en paz, en Amargura, tantas familias juntas. Y yo les contestaba que no solamente eran personas de esmeradísima educación y finura, sino también de gran virtud; además la veneración con que miraban a Abuelitos, sólo su ejemplo mantenía la unión. Creo que otro factor importante para que no hubiera discusiones y pleitos, era la abundancia que reinaba; muchas de las manejadoras eran parientas o amigas, casi todas católicas práctica. Aún las americanas se llevaban bien con las demás.

Varias otras familias en la Habana vivían también reunidas en el hogar paterno: los Rosell y Malpica en una mansión al costado de la Merced, el Marqués de la Real Proclamación en Alameda de Paula; los Zaldo en Zulueta, casa mas moderna; los Lancís cerca de la Catedral.

En el ámbito de la Habana vieja encerrado por esas típicas murallas que con pena vi desaparecer al terminar la época colonial, los criollos acaudalados construyeron sus mansiones. Estas seguían en en general el tipo de los palacios italianos y constaban de 3 pisos; las mas antiguas tenían balcones de madera y techo de tejas, subsistían unas pocas la mayoría ostentaban balaustradas de hierro y azoteas como en las casas andaluzas. Muchas de éstas pude yo admirar y visitar pero debo confesar que unicamente la que estaba situada en Obispo esq. a Cuba, ocupada por el Hotel Florida, superaba a la de D. Joaquín. Me preguntó que objeto tuvo el bisabuelo al fabricarse casa tan capaz, pues según mis recuerdos sólo en el piso principal había unas doce habitaciones; el comedor amplísimo daba cabida desahogada para la mesa con mas de treinta comensales, servida comodamente por 6 criados. Dos grandes salones con piso de marmoles italianos de distintos colores. Anchas galerías con persianas y medio puntos de cristales. En el primer piso las oficinas y dependencias dando a un patio cuadrado con losas y fuente de mármol blanco, lo mismo que la señorial escalera. Los dormitorios en los entresuelos con cielo raso. Además del principal había otros tres patios, y un traspatio donde se encontraban las caballerizas. Varias casas de un solo piso, tanto al frente como a los costados, las había adquirido para que no le impidieran gozar de la brisa. A su muerte se dividió la casona en tres partes: la esquina, Amargura 21 para los Pedroso Mantilla; Aguiar 108-1/2 a los Ramírez de Arellano y Pedroso: José María y Yoyo de Jorrín; Amargura 23 a Abuelita Chea, y estas dos unidas las ocupamos hasta 1906.

M. Batista, R.S.C.J.  
Abril, 1967